

realizado la autora indagando sobre el resurgir de las políticas culturales del Estado republicano a partir de 1937, pero Holguín prefiere adentrarse en las turbulentas aguas de los futuribles históricos. «¿Qué habría pasado si los republicanos hubieran ganado la guerra y hubieran podido seguir con las políticas iniciadas en 1931?» (p. 237), se pregunta la autora antes de pasar a divagar sobre lo que hubiera sido una España sin Franco en el poder durante los siguientes 40 años. ¿Qué interés académico puede tener una investigación histórica cuyas conclusiones están basadas en especulaciones sobre algo que nunca ocurrió?, se puede preguntar algún lector.

Tampoco exenta de problemas está la idea de Holguín de que fue el fracaso a la hora de lograr una hegemonía cultural, tanto por parte de las derechas como de las izquierdas, dio lugar a la guerra civil. En primer lugar porque, a pesar del indudable peso que tuvieron las percepciones culturales a la hora de construir la imagen del enemigo en ambos bandos, los factores esencialmente políticos y económicos jugaron un papel determinante en el estallido de la guerra civil. La decisión de las derechas de apoyar un golpe de Estado contra la República, una vez la CEDA perdió las elecciones de febrero del 36, no puede explicarse en términos exclusivamente culturales. Las reformas agraria, laboral y militar planteadas por el Frente Popular fueron consideradas por muchos en las clases altas y medias como claras amenazas a su posición económica y social. Conviene no olvidar que fue el miedo a que estas reformas socio-económicas se realizaran, lo que llevó a las clases pudientes a buscar una “solución

militar” que defendiera sus intereses materiales. En segundo lugar, la falta de una hegemonía cultural también la encontramos en otros países europeos en la primera mitad del siglo XX y no por ello el resultado fue una guerra civil. Francia e Italia son dos buenos ejemplos de países en los que izquierda y derecha defendieron dos conceptos de nación antagónicos, pero donde se evitó el conflicto civil a gran escala (al menos hasta las ocupaciones alemanas de 1940 y 1943 respectivamente).

*Republica de ciudadanos* tiene el merito de adentrarse en el difícil y poco explorado campo de la “nacionalización de masas” por parte del Estado en España. No obstante, demasiadas preguntas quedan por contestar en un trabajo donde prima la narrativa sobre el análisis histórico.

**Alejandro Quiroga**

**Abdón Mateos, *De la guerra civil al exilio. Los republicanos españoles y México. Indalecio Prieto y Lázaro Cárdenas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005, 268 pp., ISBN 84-9742-393-3.**

Suelen lamentarse los mexicanos, cuando no de la altanería, del desinterés con que los españoles han observado la historia de las relaciones entre España y México desde la independencia. A pesar de lo paradójico del descontento, no les falta razón. La diferencia entre el número de obras que abordan esas relaciones publicadas por hispanomexicanistas de origen estadounidense o mexicanos frente a las de historiadores españoles resulta sustancial. Eso nos

permite conocer relativamente bien la perspectiva mexicana de unos contactos que nunca fueron fáciles, cuando aún queda mucho por saber sobre la visión de aquellas relaciones desde esta orilla. En este sentido, el libro de Abdón Mateos viene a compensar esa falta, y lo hace, además, con un magnífico planteamiento y con una variedad y cantidad de fuentes abrumadora.

Por otra parte, podría dar la impresión de que esta obra constituye un aporte más en la profusa bibliografía sobre el exilio español en México. Sin embargo, es mucho más. Abdón Mateos pretende responder a un interrogante que planea sobre el trabajo de cuantos han estudiado los primeros momentos del exilio español en México: ¿pudo ser aquella una emigración masiva y no lo fue? De ser así, ¿cabe alguna responsabilidad concreta? Para responder, el autor intenta encontrar las claves que expliquen la posición de México y de España en los primeros y confusos momentos del exilio. Y para hacerlo no reconstruye la historia de las relaciones diplomáticas, económicas o culturales entre los dos países, o al menos no sólo eso, sino que analiza el trasunto de las mismas a través del juego de relaciones entre los políticos e intelectuales del México posrevolucionario y los republicanos españoles. Respondiendo, de paso, algunos de los interrogantes que forman parte ya de la mitología sobre este tema, como la historia del *Vita*, los fondos manejados por la SERE y por el JARE, las posibles preferencias a la hora de repartir los fondos, o la selección de los refugiados embarcados desde Francia hacia México en razón a la afinidad ideoló-

gica por parte de los representantes de este país.

Para todo ello, maneja con soltura una impresionante cantidad de archivos públicos españoles y mexicanos y, lo que resulta más enriquecedor, también privados. Con éstos consigue desentrañar la trama de contactos personales, relaciones, filias y fobias de políticos y personalidades de la cultura mexicana con sus correligionarios españoles. Algo que explica muy bien el porqué de muchas reacciones y posicionamientos en los momentos de confusión que van desde el final de la guerra civil española, a la creación de los primeros gobiernos de la República en el exilio.

Para entender la actitud de México hacia la República se adentra en un camino que comienza en la década de los veinte, cuando en España políticos e intelectuales, republicanos sobre todo, tenían la mirada fija en una revolución que parecía el cumplimiento de su ideal soñado, por su anticlericalismo, por la reforma agraria, etc. Los mexicanos suelen presumir que España y México comparten historias paralelas, pero desacompañadas, como si de hermanos siameses se tratase. En este periodo ésa metáfora tiene mucho sentido, pues los españoles se miran en México para criticar los males propios y encontrar soluciones en el ejemplo ajeno. Casi por primera vez desde la independencia, los españoles se interesan por México, más durante la dictadura de Primo que durante la República misma, y a raíz de ese interés nace un vínculo inquebrantable entre intelectuales y políticos republicanos y mexicanos, nutrido con numerosos viajes en ambos sentidos. No puede extrañar, pues, la suerte de identificación íntima, personal, entre

políticos e intelectuales mexicanos y aquella República que les parecía la última de las colonias, empeñada en desbarazarse la España eterna e imperial. Es esto lo que permite entender las posturas de los mismos políticos e intelectuales cuando el sueño termina en pesadilla.

Para explicar esa maraña de relaciones personales e institucionales, el autor une sabiamente biografía y política y repasa el contacto de ministros, presidentes e intelectuales mexicanos con la España republicana y, como fondo, su posición ante temas siempre espinosos en México como la hispanofilia, el indigenismo, la hispanofobia y el surgimiento de un nuevo hispanismo de corte liberal con el que los mexicanos podían identificarse sin complejos históricos. Por otra parte, apunta dos interesantes contradicciones en este capítulo. En primer lugar, que los contactos España-México eran mucho más personales que institucionales. Al menos para el caso socialista, esas relaciones preferentes no se tradujeron en una relación preferencial entre los partidos o fuerzas sindicales de los dos países. En segundo lugar, a pesar de todo, no parece que los miembros del Frente Popular contemplasen con entusiasmo el pasar su exilio en la tierra de aquella revolución mitificada en los años veinte. Muy al contrario, la vida en México les resulta algo decepcionante. Y eso, a pesar de la autocensura que en sus manifestaciones sobre la política mexicana se imponen y les imponen cuando llegan a aquel territorio y de que, al final, terminan incluso convencidos de que aquel es el mejor régimen para México.

El autor explica bien cómo al estallar la guerra aquellas relaciones preferentes, oficializadas durante la República, se ponen a prueba en unos momentos en los que la solidaridad hubo de enfrentarse a una opinión pública dividida, cuando no hostil, a la llegada de los refugiados. Y cómo, por otra parte, la división interna en el bando republicano durante la contienda obligó a posicionarse a aquellos mexicanos de quienes, poco después, dependería el asilo de los españoles, engrosando lo que serían las filas negrinas y prietistas en el exilio.

Del enjambre de nombres de personalidades que están detrás de la postura mexicana durante y después de la contienda fratricida, Mateos glosa dos figuras con especial interés, las de Lázaro Cárdenas e Indalecio Prieto, estudia magníficamente la relación de afinidad entre los dos líderes y cómo la misma terminó siendo determinante en la política mexicana hacia los refugiados. El Presidente se sentía un hombre de la izquierda nacionalista, liberal y agrarista. Prieto era socialista, liberal, antiestalinista y moderado. Esa afinidad les permitió mantener una relación privilegiada en unos momentos en los que la confusión, la carencia de medios, la improvisación y la división interna, marcaron el itinerario de la evacuación de los españoles hacia América. Algo que el autor analiza con lujo de detalles, aportando numerosos datos, desde los fondos con los que contaban las dos organizaciones rivales y su origen, a la historia de las disputas y desconfianzas mutuas. Todo ello permite hablar de un fracaso del exilio español en México, si atendemos al número de exilados que llegaron a instalarse en aquel territorio,

a la forma en que se llevó a cabo el proceso, incluso a las dificultades de adaptación. Las razones de ese hipotético fracaso si comparamos con lo que podría haber sido y no fue, están muy bien explicadas por Mateos, quien salva la figura de Prieto hasta el final, pero aportando argumentos.

Entre las razones del fracaso el autor analiza desde las dificultades de tipo económico y las derivadas del estallido de la guerra mundial, a la diferencia de matiz político de los gobiernos que siguen a Lázaro Cárdenas. Pero, sobre todo, interesa la diferente perspectiva política de Negrín y de Prieto, como principales protagonistas de esta historia. Para el primero, el objetivo último era evacuar a México al máximo número posible de refugiados, sin pensar en su sostenimiento e instalación en aquel territorio. La del segundo, tal vez más reflexionada, sostenerlos en Europa y África el máximo tiempo posible y al mayor número, dadas las dificultades para instalarlos en México. El líder socialista se resistía, sobre todo, a gastar los fondos del JARE en los embarques hacia América, cuando eran muchos los españoles en territorio francés que podían sobrevivir con el coste de los mismos, temía el futuro de la recuperación de la República si la mayoría de los republicanos terminaba mexicanizándose y, finalmente, no perdía la esperanza de llegar a un acuerdo con la España nacional sobre la base del regreso de los exiliados y la ausencia de represalias. De ahí que él prefiriese una salida selectiva, algo que parecía además concordar con lo que México necesitaba.

El profesor Abdón Mateos no sólo justifica las gestiones de Indalecio

Prieto en el espinoso asunto de las salidas de los refugiados durante y después del mandato de Cárdenas, sino que estudia la posición de aquél en los primeros años del exilio, cuando Ávila Camacho llega a la Presidencia. Analiza pormenorizadamente la difícil evolución de las salidas desde Francia, demostrando cómo en un país tan presidencialista como lo era México la personalidad que ocupase el poder era determinante para entender la evolución de las relaciones exteriores. Estudiaría, además, la incursión del gobierno mexicano en los fondos del JARE cuyas causas, como bien explica el autor, tuvieron poco que ver con una supuesta mala gestión de los mismos. Posteriormente, analiza el camino que comienza con la defensa de la República española en la Conferencia de San Francisco, con ayuda de la diplomacia mexicana, y culmina en la reunión de las Cortes Españolas en México y la formación del primer gobierno en el exilio.

Mientras eso ocurría, Ávila Camacho, con una sensibilidad muy diferente y sin duda contradictoria hacia el tema español, inauguró el camino de la utilización de la República española por parte de México, convertida en parte del legado político mitificado del régimen posrevolucionario de Lázaro Cárdenas. En este sentido, el autor termina planteando la convivencia, tan paradójica como el propio México, de unas relaciones oficiosas con Franco, que permitieron desde 1947-1948 un intercambio cultural y económico regular, junto al mantenimiento inquebrantable de la defensa de la legitimidad republicana, corroborado en múltiples homenajes y actos a lo largo de esos años,

hasta 1977. La República terminó siendo patrimonio de la cultura política mexicana, un símbolo revolucionario tan importante como la expropiación petrolera, con el que resultaba aconsejable no romper. Aquel fracaso para España, terminó convertido en un éxito de México.

Así termina una obra fundamental para la historiografía de las relaciones entre España y México y del exilio, un trabajo bien hecho, serio y modélico por la cantidad y variedad de fuentes utilizadas y por lo acertado de su planteamiento.

**Inmaculada Cordero Olivero**

**Julio Prada Rodríguez, *Ourense, 1936-1939. Alzamento, guerra e represión*, A Coruña, Edicions do Castro, 2004, 672 pp., ISBN 84-8485-157-5.**

En estos últimos años una gran parte de los historiadores contemporáneos españoles han desviado su mirada investigadora hacia la guerra civil. A pesar de la repercusión mediática del tema, y de otras razones propias de la coyuntura política del Estado, en el contexto de la historiografía europea se produce un retorno en la mirada hacia el individuo. La etapa del análisis de los partidos y organizaciones políticas, de las cifras y del número como último recurso para explicar un contexto histórico tiene claros síntomas de agotamiento, y en su relevo surge la búsqueda de la percepción, del sentimiento, de lo íntimo.

En este contexto hay que incluir el interés por la memoria. Esta acepción

no debe ser traducida como un equivalente de la historia, pero debemos tener en cuenta que complementa nuestro trabajo. Es más, en determinadas circunstancias, su búsqueda se convierte en base de nuestras investigaciones. El período que estudia Prada forma parte de ese mundo, de esa percepción sobre el conflicto bélico que dividió a la sociedad española en dos mitades, en dos Estados, y cuyo recuerdo de violencia fue mantenido institucionalmente durante casi cuarenta años de sistema dictatorial —que no es accesorio: casi la mitad del siglo XX español—. Esta dramática experiencia fue borrada en los años setenta en un ejercicio de catarsis comunitaria para frenar la tesis de que las comunidades que conformaban el Estado español eran incapaces de convivir y de trabajar en un futuro común.

De la voluminosa y exhaustiva Tesis Doctoral presentada por Julio Prada, el profesor de la Universidad de Vigo extrae una parte en esta publicación. Como él mismo indica es su trabajo más comprometido en la reparación moral de las víctimas del conflicto armado. De ahí la exhaustividad y su intenso acercamiento a los sucesos, que en ocasiones bordea el límite imaginario entre memoria e historia. Prada aborda la multiplicidad de dramas particulares ocurridos y se acerca a lo concreto, a lo vivencial, a ese pulso vital que falta en la documentación oficial, pero que en contrapartida observamos una obra reiterada y con ciertas dificultades desde el ámbito de la comunicación. Falta esa explicación general, esa 'digestión' previa que nos dirija a sus argumentos, que en ocasiones introduce, pero entre el desarrollo de relatos particulares.